

# ESPAÑA

8-332

Madrid, 1 de diciembre.



1923

Año IX.—Núm. 398

SEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL

## SUMARIO

La sombra de Caín, por Miguel de Unamuno. - Panorama: La llave del porvenir..., por Luis de Zulueta. - Antonio Espina y Antonio Espina, por Melchor Fernández Almagro. Letras de América: Ensayo sobre Pedro Henriquez Ureña (II), por E. Díez Canedo. - El mal ejemplo de Azorín, por José Bergamín. - Poemas del Valle de Polop, por J. Chabás y Martí. - El monumento a Rubén Darío... y otras cosas: Una carta de la «Federación Universitaria Hispanoamericana»; Rescate de Rubén Darío, por Juan Ramón Jiménez. Taller, por Claudio de la Torre. - El Mar, por Luis G. Santa-Marina. - Grabados en madera, por Bores. - El Circo y su literatura, por C. Rivas Cherif. - La disolución del Parlamento Inglés, por Camilo Barcia Trelles. - Cada cual en su puesto, nadie agraviado, por Carlos Pereyra. - Libros: La Umbria; Un primer libro. - Noticia bibliográfica. - Revistas.

Este número ha sido revisado por la  
censura militar.

*España - 1 diciembre 1923*

### LA SOMBRA DE CAÍN

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta—no fué por estos campos el bíblico jardín—son tierras para el águila, un trozo de planeta por donde cruza errante la sombra de Caín.

Así cantó, tristemente, con la obligada tristeza del profeta a quien el Dios ibero ungió los labios para que lanzara las palabras que son cauterio, así cantó nuestro profeta Antonio Machado. Así cantó nuestro profeta esculpiendo en versos de fuego la figura trágica del hombre del «alto llano numantino», de toda España, del hombre que

los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza, guarda su presa y llora la que el vecino alcanza; ni para su infortunio ni goza su riqueza; le hieren y acongojan fortuna y malandaza.

Y yo, de quien dijo el profeta—¡Dios se lo pague!—aquello de

sabe a Jesús y escupe al fariseo

tengo que enjugarme el amargor de la boca que me produce la exacerbación de la pasión soberana del castizo pueblo español, de la pasión soberana que produjo al finar el siglo xv aquel Santo Oficio de la Inquisición.

Profundamente popular en España la Inquisición! Bro-

taba de las entrañas de la que don Marcelino llamó la «democracia frailuna» española, mejor oclocracia—oclo es turba—de ese vivero, con sabor monástico, de la terrible pasión que hace cruzar por nuestros páramos la sombra de Caín.

¿Caciquismo? ¿Oligarquía? ¿Favoritismo? ¿Nepotismo? Quiál! El cáncer, el hondo cáncer de España es otro. Y es doble. En lo corporal no es el hambre, sino la avariosis, a la que algún supuesto místico le toma por el pecado original, y en lo espiritual es la otra avariosis, la avariosis del alma, la envidia. Y pobre Joaquín Costa, que se pasó la vida declamando contra el caciquismo y la oligarquía debió, al finar sus días, reconocer cuál era el cáncer de su patria acongojada.

¡Qué castizo Felipe II, el del Escorial! Leed *Feromín*, del P. Luis Coloma, un jesuíta triste, y veréis como en el alma de aquel tristísimo déspota hizo presa por lo menos la forma espiritual de ese cáncer. Y fué el general don Ricardo Burguete quien en un artículo crítico nos llamó la atención sobre ese aspecto de la obra del jesuíta triste.

El otro día se nos arrimó un fariseo, de esos que están clamando con los labios justicia y con el hígado otra cosa. Traía la cara radiante. «Sabe usted—nos dijo—ya se ha suicidado otro secretario...!» Me callé. Tenía que ahorrar saliva de la rumia del pasto amargo.

El mismo fariseo, explotador que fué del que llama el antiguo régimen, me decía: «Y ahora? Porque no reanuda su campaña contra los viejos políticos?» «Porqué?—le repliqué—Porque jamás les pedí más que libertad y justicia y si me la negaron no es ahora la ocasión de recordárselo. Me habrían hecho diputado, senador, ministro si yo lo hubiera querido, pero yo no quise si no libertad y justicia que son una sola y misma cosa, pues ni hay libertad sin justicia ni hay justicia sin libertad. Si yo me

hubiera ofrecido a aquel régimen para ministro, si yo hubiera dicho a alguno de aquellos caudillos que podía disponer de mí para ministro, sería muy natural, muy demasiado natural, que ahora le denostara, porque aquella relajación traería ésta. Pero no, ahora no; que se les haga justicia.» «Vamos—dijo con sonrisa de conejo el fariseo—se compadece usted de los caídos...» «Caídos?—exclamé—caídos? Cuiden ustedes, los fariseos, de que no resulte como si se levantaran por caer ustedes más por debajo de ellos.»

Mi fariseo, el fariseo mi interlocutor, éste a que me refiero, ha aprendido unos tópicos hepáticos de nuevo cuño que cree que le autorizan para despreciar los que llama viejos tópicos del liberalismo, tópicos que, por supuesto, no ha podido digerir. Mi fariseo con sus «ojos siempre turbios de envidia o de tristeza» se pone a hablar de moralidad y de justicia. Y da escalofríos oírle hablar de ellas. Es algo así como sería oírle disertar al verdugo sobre la oportunidad de la pena capital. Peor que al verdugo; al que va a recrearse con el espectáculo de la ejecución capital. Me pareció uno de aquellos que llevaban antaño a sus hijos, para edificarlos, a un auto de fe, a un fiesta de quemadero.

Una vez me dijo mi fariseo que habría que restablecer la pena de la picota, del rollo. «Sí, y que me graben a fuego en la frente: ¡intelectual!» —le dije:

Yo no sé como saldremos de este baño pero me temo que para los más no sea bautismo que les borre nuestro pecado original del espíritu castizo. Me temo más bien que ese pecado salga más corroborado.

¡Justicia! ¡Justicia!

Lo que veo es a los pordioseros apedreando a los que hasta ayer no más le daban limosna porque no les pedían otra cosa. Lo que veo es pasar por este triste trozo de planeta la sombra de Caín.

MIGUEL DE UNAMUNO

PANORAMA



LA LLAVE DEL PORVENIR...

La llave del porvenir de España está en el Ruhr.

He ahí una afirmación que, a primera vista, parece absurda. No es sino un poco paradójica, sin embargo. Porque del desenlace del conflicto franco-alemán dependerá, en gran parte, el ambiente que haya de respirarse en Europa durante los años próximos. Y el ambiente europeo influyó siempre mucho más de lo que pensamos en la suerte de la política española.

No es cierto que nuestra Península, como un bloque granítico, haya permanecido inmovible entre las corrientes espirituales del mundo. No. Si en Europa triunfaba plenamente el liberalismo, aquí éramos a medias liberales. Si en Europa se imponía a medias la reacción, aquí instaurábamos plenamente el absolutismo. Cuando las ideas de la Revolución francesa se desbordaron por la vertiente meridional de los Pirineos, y también nuestros abates, junto al brasero, le-

yeron el *Contrato Social* y el *Emilio*, reunimos un Parlamento y juramos una Constitución. Cuando, por el contrario, restaurados en Francia los Borbones, Carlos X se entregó a los clericales y anuló la libertad de imprenta, aquí el Tribunal de la Fe, ya en pleno siglo XIX, hacía ahorcar y quemar, «como hereje pertinaz» al maestro de escuela Cayetano Ripoll, en la plaza del Mercado de Valencia...

\* \* \*

¿En qué sentido va a evolucionar Europa? Si alrededor del forcejeo entre Francia y Alemania en el Ruhr y en el Rhin continúa pesando sobre el Continente una atmósfera de guerra, es difícil que se modifique profundamente el actual estado de conciencia internacional, compatible con el predominio de la fuerza, de los intereses materiales y de los ciegos egoísmos nacionalistas. Mas si, ante la extrema necesidad, ante el malestar de todos, se llega a iniciar una reconstrucción de Europa, basada sobre acuerdos generales, en vista del bien común, no hay duda de que en una atmósfera de paz, un poco encauzada la tremenda crisis económica, renacerían en los pueblos las nobles preocupaciones ideales, el espíritu de avance en lo político y en lo social, y aquella promesa de un mundo nuevo de justicia y de libertad, en cuyo nombre las democracias de Europa y de América ganaron la guerra.

Las inmediatas elecciones de la Gran Bretaña pueden ser un gran paso en este sentido. Hoy, casi toda Francia está representada por Poincaré frente a Alemania. Pero si se resolviese el conflicto internacional, la política interior francesa se desplazaría automáticamente hacia la izquierda. Un Parlamento radical, en las elecciones próximas, reemplazaría a esta Cámara *bleu horizon*, del color, todavía, de los uniformes combatientes. Y la futura Alemania en reconstitución tendría que estar regida por las izquierdas burguesas y las derechas socialistas.

Andamos todos a la rebusca del nuevo liberalismo. Los viejos tópicos liberales resultan ineficaces, estériles, no por otro motivo—pero éste es el más grave—que porque hemos dejado de creer en ellos. No olvidemos, sin embargo, que un ideal de libertad no nace más que, como el Mesías, «estando el orbe en paz». Por eso no hay que dar excesiva importancia a algunos de los hechos políticos de estos años últimos. Hoy, Europa sigue en guerra, y en tiempo de guerra no florecen ni la Libertad ni el Espíritu—dos cosas de las que San Pablo ya dijo que siempre fueron juntas...

\* \* \*

Una modesta residencia de la calle S. en Washington. Son las ocho y media de la noche. En el despacho, tapizado de libros, el anciano profesor, en presencia de su esposa y de un secretario particular que le prepara los papeles, se yergue en su sillón, y con voz emocionada, comienza a apostrofar al pueblo de su patria... Es el antiguo presidente Wilson que, el día aniversario del armisticio, pronuncia un discurso que, por medio de la radiotelefonía, va dirigido a millones de ciudadanos.

(Entre paréntesis: Así como el cinematógrafo está creando un arte plástico nuevo, ¿no creará la radiotelefonía un nuevo arte literario, intermedio entre la pluma y la oratoria directa?)

«Innoble, cobarde y deshonrosa ha sido nuestra política

